



Revista Surco Sur

Volume 3 | Issue 5

3-31-2013

Wanwe

Yolanda Arroyo Pizarro

Follow this and additional works at: <http://scholarcommons.usf.edu/surcosur>

Recommended Citation

Arroyo Pizarro, Yolanda. 2013. Wanwe. *Revista Surco Sur*, Vol. 3: Iss. 5, 14-18.

DOI: <http://dx.doi.org/10.5038/2157-5231.3.5.11>

Available at: <http://scholarcommons.usf.edu/surcosur/vol3/iss5/13>

This CUENTO CON TODOS is brought to you for free and open access by the USF Libraries at Scholar Commons. It has been accepted for inclusion in Revista Surco Sur by an authorized administrator of Scholar Commons. For more information, please contact scholarcommons@usf.edu.

Yolanda Arroyo Pizarro

Wanwe

1. El primer recuerdo pudiera ser el barco. Una barriga de maderos unidos y flotantes a quienes los suyos llaman *owba coocoo*. Tanta enormidad, tanto espacio. Un conglomerado de leños apretados, vigas y tablones labrados y unidos con algún desconocido procedimiento. Palos anchos repujados y de feo color. Varios poseen un musgo adherido, aquellos cercanos al agua. Nunca antes a ese tiempo vistos por Wanwe.

La llevan al barco, en una canoa pequeña, en compañía de otras mujeres. Van atadas.

Una de las mujeres tiene orejeras y un pendiente de nariz. No es de la casta de Wanwe y ni siquiera habla su idioma. Sin que nadie lo note, de manera silenciosa, desamarra con astucia las sogas de sus extremidades, y acto seguido se lanza de la canoa. Dos hombres se arrojan al agua tras ella. Logran alcanzarla, la agarran del torso y la golpean. El chapoteo del mar da cuenta de la violenta golpiza. Wanwe nota que la espuma blanca, en ocasiones, se vuelve roja. La devuelven a la canoa, atándola esta vez del cuello. Sus manos son inmovilizadas detrás de la espalda. Le halan el cabello y desgarran los aretes de ambos lóbulos de oreja. Esperan a que pare de llorar y desgarran el del tabique. Es poco lo que comprende Wanwe o las demás mujeres que miran, pero entienden perceptivamente que se trata de un acto de control. Los hombres imparten más fuerza en el amarre del cuello y la mujer tose, pero además lanza patadas.

Las otras mujeres sentadas dan alaridos. Wanwe cierra los llorosos ojos y el resto de los captores realizan ademanes, unas amenazas con movimientos sin ritmo para que se calmen. Les muestran puñales, gesticulaciones de maldad en cejas y mejillas amarillentas y una lengua que sacan y entran a medida que abren y cierran la boca de griteríos apestosos a algún tipo de estiércol con licor.

Las venas de alrededor del cogote de la mujer que ha intentado escaparse se tensan, parecen explotar, entonces ella babea. Siguen apretándola hasta que se desmaya, o su espíritu va a encontrarse con los bailadores poderosos de las puertas del inframundo. Wanwe quisiera tener la certeza de ese paso de portal hacia las esencias ancestrales, quisiera poder realizar alguna plegaria que diera luz al ánima encarnada hasta el ánima desmaterializada.

Quisiera pintar la frente, cortar con marcas de hierro la piel de los hombros para marcar a esa mujer hermana en su pasaje. Pero no puede. Está imposibilitada para realizar nada a favor de esa alma.

Uno de los hombres hamaquea la soga al otro extremo y la exhibe, como escarmiento a las otras.

2. Previo a ese momento, Wanwe ha visto el mar, únicamente, otras dos veces.

Llegar hasta él, desde su hogar, toma siete días de trayecto. Hay que cruzar una vasta región, dormir a la intemperie pegadita de los hombros de las demás jovencitas que aún no sangran y danzar en el rito del *ureoré*. Cuando llega de visita a la aldea lejana, en donde se ve el mar, las ancianas le enseñan, como secretos de bienvenida, la confección de pótimas para la guerra.

Wanwe cierra los ojos y recuerda el aroma de las viejas, de su madre, de las hermanas, de las muchachas en el rito del *ureoré*. Cualquier cosa que le haga olvidar, en este preciso momento, que la mujer de los aretes arrancados apenas respira.

3. La suben al barco grande, a ella y a las otras. Mientras camina por cubierta, Wanwe descubre vigas altas con inmensas telas colgantes y amarres de un material muy distinto al utilizado en la aldea. Listones color crema opaco, con nudos en diferentes partes de una misma soga que parecen suspendidos por los aires. El suelo es duro, con astillas que a veces se espetan en los dedos y las plantas de los pies. Y hay pestes, muy malos olores por derredor.

Wanwe mira sus manos sujetadas, como si fuera la primera vez que nota que de su cuerpo brotan extremidades indefensas, pero lo cierto es que lleva horas observándose. Se siente extraña, como salida de su propio cuerpo. Observa los acontecimientos aun sin entender del todo.

Supone que lo mismo le sucede a las dos mujeres que ahora caminan por cubierta antes que ella, en fila. Hasta imagina que las tres de atrás cavilan sobre la misma situación. Puede ver pocas cosas desde ese ángulo. No sabe cuántas son en total, pero sí sabe que todas son mujeres.

Por alguna razón, durante el camino de tránsito desde la aldea hasta la playa, ha sido lastimada en el ojo derecho. El ojo duele mucho y le supura. Nota que hay barandas desde donde se puede extrañar la costa, oler el mar, probar los chasquidos de ola.

4. La costa se hace cada vez más chica, más distante. La mujer que camina justo frente a ella, que tiene la frente marcada, sigue gravemente enferma. Esa marca la identifica perteneciente a una etnia del sur. Vomita de cada dos o tres pasos y las demás se esfuerzan por mantenerla en marcha. A pesar de la situación en que se encuentran, algunas van entonando un cántico. Otras deslizan por los labios partidos apenas un murmullo repetido, como aquellos enseñados en el rezo de las mañanas y las lamentaciones fúnebres. Cuando ocurre la muerte de un jefe, o de una madre de territorio, aquellas llamadas así debido a que poseen multitud de hijos, sus familiares y allegados se reúnen a la cabecera de su lecho y gritan la pena de su fallecimiento. Algunos se dan a la tarea de colocar su cadáver boca abajo y cubrirlo con una manta. Acto seguido se lanzan a las calles, con ramas de árboles en las manos, para hacer pública la noticia mediante los cantos funerales. Gritan exclamaciones corales que se acompañan de gran dolor: *epá, baba wa loni. iya li a nwa ko ri, mo de oja, ko si loja, mo de ita, ko si ni ita, mo de ile, ko si ni ile, ngko ni ri o, o da gbere, o di arinako.*

Wanwe desearía escalar un árbol, hacerse de una rama larga y agitarla para marcar el despacho de la mujer sofocada y su cuerpo desprendido o a punto de desprenderse. Pero no puede, e intuye que a partir de ahora, jamás volverá a hacerlo.

5. El primer recuerdo también pudiera ser la aldea. El correteo de los chicos y las chicas, el juego de los hombros.

En el rito del *ureoré* las niñas que se han criado unidas, como hermanas, duermen una pegadita a la otra, formando una hilera que une a cada cual por el área de los hombros. Cuando los mayores no están mirando y logran encontrar un pastizal alto que les cubre hasta la cabeza, las niñas juegan al *ureoré* con los varones. Si los adultos los encuentran, irían todos al castigo, porque el juego de hombros es un juego de féminas, prohibido a los machos.

Primero los colocan de pie, al lado de ellas y se les pegan, brazo con brazo. Usualmente, se unen a algún chico que les gusta. La cercanía sirve para dejarles saber cuál de ellos huele bien, cuán suave se siente la piel rozando juntos, cómo se acoplan los latidos de corazón, porque ambos lo sienten como un tamborileo.

Los juegos del *ureoré* clandestino lo hacen a escondidas no sólo de los adultos, sino también de los más pequeñitos, aquellos que sin querer pudieran indiscretamente enterar a los mayores. Es sabido que el gesto de hombro con hombro es un preámbulo serio al ritual de casamiento. Solo las niñas que han sido dadas en compromiso deben tocarse de esa manera con los varones escogidos.

En la etnia de Wanwe, es la niña la que escoge al varón con el que va a casarse. La madre ayuda en la selección y da consejo. El padre prepara la festividad de la promesa junto al padre y madre del varón elegido. Una madre puede decirle a su hija que se fije en los ojos del muchacho, o en sus labios gruesos, en la nariz grande y los brazos fornidos. Los jovencitos que saben nadar, cazar y tocar las tambores con mayor habilidad serán los recomendados. Una niña que ya ha tenido su primera sangre, tiene hasta su ciclo veintinueve para elegir.

6. Wanwe recuerda el día del compromiso de su hermana Bosuá. Sacrifican un jabalí y todos comen y beben durante la ceremonia. Trae a su memoria las espigas de su tierra Namib y a sus dunas de arena que tantas veces sirven de escondite a ella y a los parientes en los juegos de aldea. Recuerda los sonidos de chasquido de lenguas tan peculiares del idioma de su localidad. Recuerda con nostalgia cómo celebran la llegada de los recién nacidos confeccionando golosinas del fruto de las palmeras. Recuerda las piernas largas de sus hermanas. Cómo las alzan y bajan, rodillas dobladas, extremidades estiradas, dando alaridos en trance, en medio del baile.

Wanwe no puede olvidar el rostro de felicidad de Bosuá, ni cómo se miran los prometidos, ni cómo, cuando nadie observa, se unen de los hombros y hacen temblar las pieles. El secreto que comparten Bosuá y Wanwe, y que nadie más sabe, es que juntas ellas ya han escogido con anterioridad al joven Semö desde que todos eran más jovencitos. Con frecuencia han jugado aquel juego prohibido.

7. El problema en sí no es el juego, ni la cercanía de los hombros. Wanwe sabe que el verdadero dilema es la cercanía de las sienes y las mejillas... porque a veces, si se descubre un nerviosismo de piernas —planta del pie que tropieza, rodilla que se dobla, pantorrillas que ceden al acercamiento— el estremecimiento de vientres embarrados del lodo del río es tan poderoso, que en ocasiones las niñas han accedido a frotarse con los niños frente con frente, un labio con otro.

8. Es posible que el primer recuerdo también sea el día del secuestro.

Nadie sabía que les atraparían. Así pues salen varias madres de cacería, sin sospechar nada, llevando a sus críos a la espalda. Lo único que se necesita es una pieza de tela resistente y mucha hambre. Con un simple movimiento del trazo, la madre se inclina hacia adelante, coloca al bebé sobre la columna de sus vértebras y lo sujeta contra su cuerpo pasando el paño alrededor de ambos y anudándolo. Las hermanitas y hermanitos mayores, aquellos que ya caminan, llevan consigo las hachas y navajas, colocadas de un modo seguro en sus bolsos. Esperan a que las madres silben, como clave inequívoca de que se acerca una presa. Si el silbido es corto, breve, el animal atisbado es pequeño. Entonces los demás hijos se emocionan porque saben que pueden tomar partido de la caza. Si el silbido es alargado, extenso, los chicos corren a esconderse no sin antes entregar las armas a la progenitora.

Wanwe recuerda haber visto que se envuelven también los bracitos a los recién nacidos con la banda aunque a los niños más crecidos les gusta tener los brazos libres. Casi nunca se cae un niño mientras su madre se lo ata a la espalda o se va de cacería con los demás hijos. A veces los pequeños lloran porque no quieren estar ahí, o se atemorizan si el animal identificado es demasiado feroz y

hace ruidos intimidantes. Pero la madre sujeta bien los bracitos presionándoselos debajo de los suyos, canta alguna tonada tranquilizadora y con movimientos asertivos y experimentados, deja sin vida a la presa en pocos minutos.

Esa tarde, a pesar de las lluvias y los ríos salidos de cauce, las madres de la aldea se pintan los rostros de amarillo y logran acumular comida cazada para varios días. Algunas logran con las pértigas atrapar peces que la crecida de las confluencias les ponen a disposición.

Ya están a punto de regresar, cuando la madre de Wanwe y Bosuá se detiene impartiendo la orden de alerta. Ella y algunas otras detectan la presencia de otro animal posiblemente grande y peligroso. Un animal, o varios que no temen, porque en vez de alejarse, se acercan. Las tupidas gotas de lluvia hacen la tarea de discernimiento auditivo algo difícil.

Wanwe y Bosuá echan a correr, tan pronto el silbido prolongado de la madre se hace sentir.

El pitido se alarga como una liana de árbol gigante, interminable. Como un helecho adornado de musgos rizomatosos, sin principio ni fin.

Corren ahora los demás chicos, las otras madres, las ráfagas de lluvia y dardos que empiezan a atiborrar la selva, pasándoles por el lado, encajándose algunos en la piel. Corren los relámpagos, las lanzas, las macanas impulsadas con fuerza que empiezan a caer sobre espalda y cráneos de quienes escapan.

El sonido de boca de la madre, ahora lejana, se estira, se funde, se confunde con otros ruidos, las alertas, los peligros, el dolor, la sangre, el cuerpo caído. Los cuerpos magullados. Las manos encadenadas.

Las presas atrapadas para la cena se caen, ruedan por la hierba, por los arbustos con troncos sin ramificar o raramente ramificados y son arrastradas por las lluvias torrentosas del suelo. Los animales muertos ya han dejado de ser parte del botín, ya no son cena, acaso se convierten en carroña abandonada que seguramente será devorada por alguna otra bestia.

Wanwe es atrapada por el pie. Tropieza y cae. No puede ver a su hermana, no sabe de ella. Ha perdido de vista a su madre silbadora y los otros hermanos.

En los largos segundos en que su rostro viaja desde la distancia conocida de pie, hasta la que permite la gravedad tumbarla mientras su cráneo

toca el suelo y lacera su ojo, no deja de escuchar, en ningún momento, el silbido. Voltea la cabeza buscando. Buscándola. El silbido que se sigue extendiendo, que sigue advirtiéndolo, que continúa alertando a los otros sobre aquella calamidad enorme, es ahogado de pronto por la certeza de que hay que fugarse. Correr lejos. Alejarse del enemigo.

Pero nada de ello sucede.

Una maldición se ha ensañado sobre ellos. Un griterío identificado desde otras gargantas. Órdenes de atrapar, enjaular, llevar a los barcos y canjear sus existencias entre los visitantes de la costa.

10. Para cuando Wanwe vuelve a pensar en su madre, en el juego de los hombros, en Bosúa y su joven novio, en sus hermanos, en las lianas de burkeas, las raíces de ceiba, en las cebras, los jabalíes y los babuinos, ya los vecinos del Imperio del este la tienen amarrada y la transportan a la orilla. Una orilla que previo a ese momento Wanwe solamente ha visto otras dos veces. Llegar hasta el mar, desde su hogar, toma siete días de trayecto. Hay que cruzar una vasta región, distinguir el relieve bastante uniforme de la costa, encontrar la playa formada por extensas mesetas de arena y dormir a la intemperie.

11. Durante los cantares de aldea que dirigen los jefes y ancianos, Wanwe recuerda escuchar las antiguas leyendas que cuentan que mirando a la Luna puede una fácilmente ver una rana. Una rana que no salta, que se mantiene estática y gira, según gire la eterna esfera compañera del planeta.

Las madres de territorio cuentan a todos sus hijos que la rana es un animal lunar, portadora de agua, de lluvias, tormentas y lágrimas. Es testigo de injusticias, especialmente las que se cometen entre hermanos de etnia.

Wanwe sospecha que aquel animal lunar, que pertenece al elemento húmedo del universo y que brilla junto a las estrellas aparentemente encadenadas en el oscuro cielo, no es culpable de los secuestros. Cree que no son las aguas de la Luna las responsables de que la mujer que tiene la frente marcada y que ya no camina frente a ella —las mantienen ahora a todas de pie, en fila, como si esperaran un turno para algo desconocido— continúe vomitando sollozos, o sollozando vómitos.



Manuel Oliviera Álvarez (MOA), *Dársena*

Balbucea Wanwe, para despistarse de tanto dolor, que el anfibio que habita en la Luna tiene tres patas y que sus tres patas simbolizan las fases lunares.

12. Las colocan acostadas, unas cerquitas de otras en el sótano del barco. Tan pegaditas como si fueran a jugar el ureoré. Wanwe mira a sus dos compañeras de hombros, una a la derecha y otra a la izquierda. Todas respiran con el mismo espanto y vacilación.

Entran hombres a aquel lugar tan oscuro y tan encajonado en la parte inferior de la barcaza, con órdenes de marcar con fuego a todas las cautivas. Usan unas letras de hierro caliente, con las iniciales de quienes de seguro pasarán a ser los nuevos dueños.

13. Los seres ancestrales no las liberan. No hacen acto de presencia a pesar de haber sido convocados con todas las fuerzas. Tampoco asoman las nuevas deidades que adoran los chamanes de sus captores, aquellos que visten sotanas, usan un emblema en cruz y lanzan un líquido bendecido con rezos.

No hacen acto de presencia Orún, Olódūmarè, Bàbá, Ìyá ni las diosas que aún están en la Tierra, ni los verbos conjugados desde el cielo, ni los sabios del mar, ni las esencias ancestrales de culto.

Olórun desaparece.

Oníbodè desaparece.

Ìbí, Ìyé, Àti, Ikú desaparecen.

No se vislumbra el espíritu de los rituales de río, ni el paso por la compuerta del Portero, ni la pintura de rojo para la danza. No más nacimiento, vida y muerte.

Los miedos de todas ellas, hermanas, se reducen a esto: ¿Quién diseñará nuestro posible retorno? ¿Quién nos abrazará en el Àtúnwa si hemos sufrido tanto? ¿Cuándo volveremos a ser libres para el *ureoré*?

14. El capitán del nao amarra las piernas a la mujer que había intentado escapar en la orilla, durante el trayecto de las canoas. Respira poco. Sus desangradas orejas y orificios nasales no le permiten gritar. Se retuerce, lucha, pero lo hace con un llanto silencioso mientras es levantada en vilo, desde el suelo, por los pies.

Cabeza abajo y amarrada también de las manos, varios hombres colaboran para lanzarla al mar.

Wanwe y las otras observan la escena intentando identificarla. ¿Será de las cazadoras amarillas del norte, de las costureras azules del sur? ¿Acaso las bailarinas rojas del oeste? ¿Cuántos hijos tendrá, cuántas veces habrá jugado? ¿Habrà usado máscaras en las guerras contra los imperios o en las reyertas de aldea?

La escena muta. El capitán arroja al mar a una mujer que ahora sí grita con pánico. De repente Wanwe hace contacto visual con ella, ojos míos con ojos suyos, justo antes de verla hundirse. El océano se la traga.

Wanwe piensa que va a ahogarse, pero el poco tiempo que pasa sumergida le basta para saber que aquel final para ella no es posible. En vez de ese, será otro.

Cuando momentos después vuelven a alzarla y ella es levantada por los pies como una guerrera de alabastro que parece inmortalizarse, su cuerpo ya ha sido partido a la mitad por los mordiscos de varios tiburones.

15. Por primera vez desde que Wanwe deja la selva vuelve a oír el silbido. Una sirena de alarma que anuncia peligro. El sonido de aquella boca es inconfundible; pitido que se alarga como una liana de árbol gigante, interminable. Un hueco que se escucha y se siente. No sabe desde qué parte del barco se origina o hacia dónde va. No sabe si es al norte, sur, este u oeste, mar adentro, mar afuera, brisa, viento, proa, eslora, popa. Lo que sí conoce es que aquella caricia de tímpano es suficiente excusa para gritar asfixiada y llorosa el nombre de mamá.

Wanwe